



EXCMO. SR. D. ALFONSO BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA

Presidente de la Asociación Católica de Propagandistas
y de la Fundación Universitaria San Pablo CEU

A finales de 1998 mi buen amigo Alfonso Coronel de Palma, por aquel entonces presidente de la ACdP, me pidió que organizara un evento que sirviera como punto de encuentro y diálogo entre los católicos, que a veces daban la impresión de dialogar con todo el mundo, excepto consigo mismos.

Nada me hacía entonces suponer que dichas reuniones fueran a durar veinte años, y menos aún que transcurrido dicho plazo me tocará a mi participar en la apertura de la vigésima edición de este congreso como presidente de la Asociación Católica de Propagandistas.

Quiero aprovechar la ocasión que ahora se me presenta tanto para recordar la figura de nuestro recientemente fallecido presidente, como la de los sucesivos directores del Congreso, que han hecho posible su perpetuación hasta nuestros días: Carla Díez de Rivera, José Francisco Serrano Oceja y Rafael Ortega.

Fe en los jóvenes

¿Qué podemos, y debemos, esperar de los jóvenes?

¿Qué pueden, y deben, esperar los jóvenes de nosotros, los mayores?

Los mayores deben esperar de los jóvenes *todo*.

Los jóvenes deben esperar de los mayores, igualmente *todo*.

Pero no de la misma manera.

He aquí algunas cosas de ese *todo* que los mayores podemos y debemos esperar de los jóvenes cristianos:

- Un nuevo impulso, una nueva energía que conlleve más ardor en la fe.

- Una mayor frescura y espontaneidad en el modo de vivirla.
- Preguntas que obliguen y comprometan a los mayores a dar razones de su fe.
- Más sensibilidad para entender y amar al hombre de hoy, con sus miedos, dramas y esperanzas.
- Renovar la fe de los mayores que, con seguridad, ha tendido a instalarse y hacerse más cómoda y burguesa.
- Mostrarnos cómo se puede ser joven y vivir, al mismo tiempo y con plena coherencia, en cristiano.
- Que lo que quizá se había desechado por imposible, una profunda renovación eclesial y social, es posible.
- Una radicalidad en la verdad donde ya se había pactado y transigido con los valores de este mundo.
- Y al mismo tiempo, un exaltado amor al mundo, como creación amada de Dios, que ninguna forma de mal puede corromper o destruir completamente.
- Un modo nuevo de brillar en ellos el rostro del Resucitado.
- Una caridad más espontánea, menos mediatizada por esquemas y prejuicios.
- Una esperanza a prueba de decepciones y fracasos.

Por su parte, que pueden y deben esperar los jóvenes de nosotros los mayores:

- La sabiduría que da la experiencia.
- Una paternidad que ya ha sido probada, y que puede y debe saber acompañarlos en el camino de la vida.
- Una coherencia entre fe y vida, de modo que, a pesar de las debilidades, no dé lugar a dudas sobre su sinceridad. Lo que más daño puede hacer a nuestros jóvenes es la inautenticidad de nuestra fe. Es necesario alejar, por tanto, toda sombra de sospecha de que profesamos una fe cínica o hipócrita.
- Saberles decir no, cuando ello sea necesario. Los mayores debemos ser firmes en señalar qué está bien y qué está mal. Hoy más que nunca los jóvenes necesitan mayores con convicciones firmes y sólidas.
- La trasmisión del depósito de la fe sin mutilaciones ni reducciones. Los jóvenes pueden y deben exigirnos que conozcamos, vivamos y profesemos la gran Tradición (con mayúscula) que les ha de ser transmitida por nosotros.
- Una lealtad sin fisuras a la hora de tratar con los jóvenes. Ellos deben percibir que nuestro compromiso con ellos es incondicionado.

- Tener fe en ellos, sin adularles.
- Una caridad exigente, donde los mayores pueden y deben decirles a los jóvenes que Dios es todo en todos, y que nada se puede y debe anteponer a su Amor (pasaje del joven rico).
- El testimonio de una vida cumplida, de familias que se han mantenido fieles y fecundas a lo largo de una vida.
- Y sobre todo remitirles a los grandes santos que han llenado la historia de la Iglesia de innumerables signos de la victoria de Cristo resucitado sobre el mal de este mundo.

A este respecto, siempre me ha llamado la atención este pasaje de la Epístola a los Hebreos (13, 7-9) y que se reza en la Liturgia de las Horas (del común de los pastores), y que se nos puede aplicar a todos:

“Acordaos de vuestros dirigentes, que os anunciaron la palabra de Dios; fijaos en el desenlace su vida e imitad su fe. Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre. No os dejéis arrastrar por doctrinas complicadas y extrañas”.

De esta lealtad de jóvenes y mayores con este *todo* que es la fe pende el futuro de la Iglesia. Pidamos a Dios que algún día se pueda decir de nosotros lo que acabamos de leer.